



El Principito

Antoine Saint Exupery

5

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

X. Relación de dominio

Resumen. Visitó los asteroides cercanos para instruirse y buscar una ocupación.

En primer lugar se encontró con un rey. El soberano lo identificó inmediatamente como un súbdito. Y es que para los reyes el mundo es muy simple: todos son súbditos.

Se trataba de un monarca absoluto, pero razonable. No toleraba la desobediencia, pero por eso sólo daba órdenes razonables. Era un monarca universal: reinaba sobre todo y todo le obedecía.

Su autoridad consistía en que sabía exigir a cada uno lo que podía dar. La autoridad, decía, reposa sobre la razón. Tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

El Principito se aburre y ve que ahí no puede hacer nada, por eso continúa su viaje con la idea de que las personas mayores son muy extrañas.

Comentario. Desde el comienzo recuerda que el objetivo del viaje que ha emprendido es buscar una ocupación e instruirse. El objetivo es, pues, enriquecer el espíritu, cultivarse o, como hemos dicho en varias ocasiones, madurar. Para eso se ve como esencial el salir de sí, abrirse a los demás.

Comienza este camino con el análisis de distintos modos de ser adultos. Se trata de la descripción de una serie de caracteres en estado puro. El rey, el vanidoso y el bebedor son los tres primeros, tienen



en común la afirmación de sí mismos, que se manifiesta en la necesidad de ser obedecido (el rey) o ser alabado (el vanidoso, en el capítulo siguiente). Esta tendencia es más o menos disimulada en estos personajes. Llega a su culminación en el bebedor (capítulo 12). En este sentido se distinguen los primeros adultos de los tres siguientes (el hombre de negocios, el farolero y el geógrafo), que están vertidos

hacia algo distinto de sí mismos.

Se trata de tipos humanos analizados aisladamente. En la realidad, tales tipos no se dan de un modo puro (no hay nadie que sea exactamente como el rey, o como el vanidoso aunque sí hay gente vanidosa o dominante). Pero su tratamiento independiente facilita la comprensión.

Tampoco se dan aisladamente. El capítulo 16 (la llegada del Principito a la Tierra) muestra cómo nuestro planeta no es un planeta cualquiera: hay «ciento once reyes, siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos» [XVI, 70 (58)].

Nos detenemos ahora en el rey. El rey reconoce inmediatamente al Principito como un súbdito. El monarca simboliza un tipo de persona que se relaciona con los demás de manera que los otros hombres sólo pueden aparecer de un modo prefijado:

cómo súbditos. Se trata de la relación que Hegel denominó dialéctica del amo-esclavo. Para el amo o el rey, los otros son sólo sujetos que deben estarle sometidos.

Me parece digno de atención el hecho de que el rey estaba sobre «un trono muy simple y sin embargo majestuoso» [X, 45 (36)]. Se trata de una relación de dominio y Saint-Exupéry destaca la simplicidad del trono porque se trata de algo cotidiano, ordinario. Se refiere a una relación que puede presentarse en los distintos modos en que coinciden los seres humanos: padre-hijo, profesor-alumno, empresario-trabajador, Estado-ciudadanos, iglesia-creyentes, institución-personas y un largo etcétera. Puede decirse, en general, que el primer elemento de los pares indicados tiene la capacidad de imponerse al otro, de determinar lo que el otro está obligado a hacer en los ámbitos respectivos de influencia: el padre sobre el hijo en el ámbito familiar, el profesor en el ámbito académico, etc. Por tanto, el primer elemento puede denominarse amo, frente al segundo, el esclavo, que es dominado o que depende del otro en su acción.

Esa capacidad de dar normas y hacer que se cumplan es lo que la tradición filosófica y jurídica denominó "potestas". Es esencial a la potestas presentar una dimensión coactiva, coercitiva. Quien tiene potestas puede imponerse: el padre puede decir que su hijo no irá al cine, o puede hacerle un regalo inesperado; el estado puede decidir subir o bajar los impuestos. Lo que define la potestas no es que haya una razón (para castigar o para regalar), que haga justa la decisión. La característica de la potestad es que tiene el poder de imponerse, de hacerse obedecer. El rey de nuestra historia pretende poseer potestad: no tolera la desobediencia.

Es fácil darse cuenta de que la capacidad de imponerse a los otros (la potestas) puede dar lugar a una relación tiránica. Sobre el calco de la hegeliana dialéctica amo-esclavo así lo entendió Marx. Como es sabido, éste afirma que todo empresario es necesariamente opresor, que todo estado es tiránico, etc. En última instan-

cia, la concepción marxista, desde la perspectiva en que nos encontramos, afirma que toda capacidad de coacción es injusta, inadmisible, convierte en enemigos irreconciliables a quienes están ligados por tal relación.

En nuestra historia el rey es sensato, sólo da órdenes razonables: «hay que exigir de cada uno lo que pueda dar» [X 49 (40)]. Esto es mejor que una relación tiránica basada en la arbitrariedad, pero sigue tratándose de una relación de dominio. Y, como señala Hegel, tal relación es constituyente; es decir, que el amo necesita del esclavo tanto como el esclavo del amo: no hay amo sin esclavo, ni padre sin hijo, ni profesor sin alumnos, ni institución sin personas, y viceversa. Por eso el rey necesita de los demás para reinar, por eso ruega al Principito que se quede y, cuando ve que esto no es posible, intenta el último recurso para constituirse en rey: convertir al Principito en súbdito, aunque sea en la lejanía: «-Te nombro mi embajador».

El final de este capítulo volveremos a verlo más veces, cuando describa otros modos de vida adulta: «Las personas mayores son muy extrañas».

Aquí termina Saint-Exupéry en su análisis de la personalidad dominante. La pobreza espiritual de tal tipo de vida produce aburrimiento al Principito, ve que ahí no hay nada que hacer y, por eso, decide irse. No obstante, el desarrollo realizado quedaría incompleto si no añadiésemos unas palabras.

Nos hemos referido a la dialéctica amo-esclavo de Hegel y a la noción de potestas. Pero Hegel apunta una vía de superación del citado antagonismo. Y la noción de potestas suele servir de contrapeso especulativo al concepto de "auctoritas".

Quizá la noción más amplia de auctoritas, que aparece también en buena parte de las lenguas modernas, es la que la considera como "iudicium sapientis in sua scientia", dictamen del sabio en su disciplina. La autoridad se basa, por tanto, en el mérito, en el mayor conocimiento del asunto sobre el que se trata.

Por su parte, Hegel señala que las relaciones amo-esclavo son un momento del proceso de

«hay que exigir de cada uno lo que pueda dar»

constitución de la autoconciencia. Pero ese momento ha de ser superado. En este estadio, las contradicciones son insuperables. Así lo vio Marx. Así parece entenderlo Saint-Exupéry. No ocurre así en Hegel. Permanecer ahí, significaría que las relaciones se regirían por la potestas, por la capacidad de coacción del que oficia de amo.

Pero cabe pensar otro modo de plantear la relación. Puede ocurrir que quien tenga la potestas, tenga también la auctoritas. Con terminología hegeliana: la superación (Aufhebung) ocurre cuando cambia la forma de la relación, y la nueva forma que rige es el amor.

Veámoslo con un ejemplo. Un padre que prohíbe a su hijo que coma más dulces está, obviamente, obligando a su hijo a hacer lo que él (padre) quiere. Podemos decir que el padre tiene potestas y el hijo no o que se trata de una relación de amo-esclavo. En español podemos decir que el padre impone su autoridad (lo cual, en terminología hegeliana, supondría una síntesis de los conceptos de potestas y auctoritas). Ahora bien, tal imposición

paterna puede deberse a que el niño ha comido excesivamente. El padre sabe lo que el hijo no: que más pasteles le harán daño. El amor, la búsqueda de lo que es bueno para el hijo es el motor del mandato.

Ocurre entonces que quien ama, porque ama, se pone al servicio del amado. Hay que entender que este ponerse a disposición del otro, ni elimina la relación ni cambia la situación que se ocupa en ella. Por el contrario, refuerza los elementos que entran en el par de opuestos, al tiempo que los une con mayor firmeza, como sólo el amor puede hacer: el profesor se convierte en maestro cuando tiene discípulos (también esta relación es constituyente) y es maestro porque pone su saber al servicio de los otros que, al aceptar lo que se les ofrece, se convierten en discípulos.

De estos padres y de estos maestros hace milenios escribió Aristóteles (una autoridad en filosofía)

que «no puede haber honor adecuado para ellos, pero quizá baste, como cuando se trata de los dioses, tributarles el que nos sea posible».

«Un padre que prohíbe a su hijo que coma más dulces está, obviamente, obligando a su hijo a hacer lo que él (padre) quiere»

XI. La vanidad

Resumen. El siguiente planeta estaba habitado por un vanidoso que enseguida reconoció al Principito como un admirador. El vanidoso le pide que golpee las manos una contra la otra, entonces él saluda con el sombrero.

El Principito lo entiende como un juego y le parece más divertido que el rey, pero pronto se fatiga por la monotonía del juego.

Intenta dialogar con el vanidoso, pero éste no le escucha, ya que sólo tienen oídos para las alabanzas. Por eso intenta averiguar si el Principito lo admira mucho.

Admirar, explica, significa reconocer que soy el hombre más hermoso, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente de mi planeta.

El Principito le hace notar que eso carece de sentido ya que él es el único habitante del planeta, pero a él le da igual: sólo quiere ser admirado. El Principito no entiende para qué puede interesarle su admiración.

Se fue pensando que las personas mayores son muy extrañas.

Comentario. Es vanidosa la persona que tiene un excesivo concepto de sí misma, y busca todo lo que pueda hacer resaltar sus cualidades personales con el fin de ser admirada por los demás. Al vanidoso, así aparece en el relato de Saint-Exupéry, sólo le interesan las alabanzas y la admiración de los demás.



Pero la vanidad puede entenderse no sólo como una característica de las personas, sino también como una cualidad de las cosas. Puesto que estamos describiendo tipos humanos, sólo la primera acepción nos interesa directamente. Pero la conexión entre ambos significados del término es estrecha y por eso haremos una referencia a la idea de vacuidad de las cosas.

La idea es antigua. Heródoto refiere que «entre los egipcios, por lo menos en los banquetes de los ricos, al terminar la comida, un hombre da la vuelta con una figurita de madera en ataúd, pintada y esculpida con mucho realismo...; muestra esta figura a cada uno de los comensales, diciéndoles: "Mira a éste, luego bebe y diviértete; tal has de verte tú después de muerto"». Esta costumbre fue adoptada posteriormente por griegos y romanos: ante una escena similar a la descrita por Heródoto, el anfitrión de "La cena de Trimalción" comenta: «¡Ay! ¡Pobres de nosotros! ¡Qué poquita cosa es el hombre! ¡He aquí en qué pararemos todos nosotros!» . El pensamiento cristiano repone el motivo de la caducidad de todas las cosas de este mundo: "vanitas vanitatum et omnia vanitas" y expresiones por el estilo son testimonio de ello . Desde antiguo está presente la consideración de que la muerte nos aguarda a todos y de que en esta vida la fortuna es incierta, como lo expresa la advertencia del esclavo al triunfador romano:

"Cave ne cadas", "Ten cuidado de no caer". De un modo rotundo lo expresa Jorge Manrique en sus célebres versos:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en el mar,
que es el morir*

La vanidad de las cosas de este mundo hace referencia a su caducidad. Se trata del descubrimiento de que las realidades terrenas parecen eternas, prometen mucho, pero prometen en falso: llevan en sí el sello de lo perecedero. Cuando el hombre descubre esta dimensión de toda realidad terrena, entonces considera que las cosas son falaces, falsas, ilusorias,... Cabe una doble actitud ante este descubrimiento. Se puede decir: «carpe diem», disfruta del día presente; pero también se puede, como sugiere Séneca, tender a

realidades que no sean caducas: «Proyectemos nuestra alma hacia las realidades que son eternas» .

Sea cual sea la actitud adoptada, toma su punto de partida en la idea de que las cosas presentan una apariencia que defrauda, que no es la auténtica. Se cae en la cuenta de que las cosas, el mundo en toda su amplitud (incluyendo riqueza, amigos, posición social, salud, etc.), en realidad, no pueden satisfacernos totalmente.

Para finalizar nuestra referencia a la vanidad de las cosas quisiera llamar la atención sobre un aspecto de capital importancia. Vanidad, aquí, es sinónimo de fatuidad, de falsedad, etc. Pero no de maldad. Las cosas no son malas. No es malo el dinero, los amigos, la posición social,... De hecho, quien decide gozar mientras dure (carpe diem) ha visto acertadamente la bondad: se goza de lo que es bueno; la tragedia y la falsedad están, por tanto, en que eso bueno, no durará.

El hombre vanidoso tampoco es malo. Hay algo bueno en este modo de ser, pero presenta también

un aspecto falso. Lo que hay de bueno explica que en todos nosotros en un momento u otro, bajo una faceta u otra de nuestra personalidad, presentemos rasgos de vanidad. Así lo vimos respecto al aviador en el capítulo 3.

¿A qué obedece esa universal vanidad? ¿Sobre qué tipo de bondad se apoya? Los griegos desarrollaron la idea de que es esencial al ser humano su dimensión política, es decir, le resulta necesario vivir entre otros iguales: con-vivir. Sólo ahí puede encontrar el hombre su lugar en el mundo, su paz, su felicidad; sólo ahí se encontrará a sí mismo. El pensamiento moderno ha tratado esta cuestión al hilo del concepto de relación: el hombre se constituye en lo que él es a través de sus relaciones. Saint-Exupéry acoge no sólo la idea, sino también la terminología más moderna cuando afirma que «el hombre es simplemente un nudo de relaciones».

Sea haciendo hincapié en la dimensión política, sea subrayando la dimensión relacional, queda claro que todo hombre necesita de los otros: todos necesitamos ser acogidos y valorados. La acogida nos introduce en el grupo que nos acoge (familia, compañeros de trabajo,...) y la valoración hace que nuestros proyectos y nuestras acciones cobren valor ante los ojos de los demás.

Necesitamos ambas cosas: acogida y valoración. Puede ocurrir que no seamos acogidos, es decir, que en los ambientes en que nos movemos se nos trate con indiferencia: no importamos, no contamos para nada. En ese caso, frente a lo que afirma la concepción individualista, nuestra vida se trunca. No pretendo desarrollar aquí este aspecto, baste con considerar en qué situación se quedaría alguien que organiza una fiesta, invita a todos sus conocidos, compañeros de trabajo, etc. Y no asiste nadie. Si no le importamos a nadie, si nuestra dimensión relacional está en crisis, es síntoma de que en nuestra vida pasa algo grave.

Puede ocurrir también que seamos acogidos, es

«Los griegos desarrollaron la idea de que es esencial al ser humano su dimensión política, es decir, le resulta necesario vivir entre otros iguales: convivir»

decir, que sí le importemos a la gente y, por eso, juzgan nuestros proyectos e ideas. Este juicio no será siempre positivo, pero el hecho de juzgar supone ya pensar en el otro, ya no hay indiferencia, sino una cierta aceptación.

Puede darse la acogida y la valoración negativa de mis actos y mis proyectos; en ese caso ocurre que la dimensión política actúa como una llamada de atención, una amonestación que nos permite replantear las cosas: puede ocurrir que estemos equivocados, que estemos obrando mal. El juicio de los otros puede dar ocasión a que rectifique, o a que fortalezca mi postura. En cualquiera de los dos casos, la acogida ha hecho posible que puntale mi personalidad, que mejore: rectificar un error es mejorar y reafirmarse en una idea, a pesar de los demás pero en diálogo con ellos, también es mejorar.

Por su parte, cuando se aplauden mis actos, me siento reafirmado, gano en seguridad, me integro en un grupo humano y, de alguna manera, se expande y se goza mi ser. Ocurre que mi valoración subjetiva adquiere ahora una especie de añadido, lo cual me da más seguridad en mí mismo.

Todo lo dicho hasta aquí es normal, natural: deriva de nuestra condición política, relacional, vertida hacia los demás. Quien consigue ser valorado en muchos de sus proyectos y por muchas personas, tiene buena fama, es honrado, admirado o alabado por quienes pertenecen a su mundo. Y eso es bueno y agradable. Como hemos visto, tanto la valoración positiva como la negativa puede hacer que maduremos. Pero a nadie se le escapa que es más agradable recibir alabanzas que correcciones o reproches.

Tenemos que la acogida y la valoración (sea positiva o negativa) son algo que puede ayudar a mejorar. Si una persona quiere mejorar, es decir, si quiere lo mejor para él mismo, entonces procurará

comunicar a los otros sus planes y proyectos y estará atento a lo que le digan: sean alabanzas, sean reproches.

Hemos apelado al interés que cada uno tiene en conseguir para sí lo mejor. Se trata del amor a sí mismo, de querer el bien para sí mismo. Ya en Aristóteles aparece una distinción entre dos modos en que se presenta ese amor a sí, que son importantísimos para entender buena parte de la vida afectiva en general y la génesis de la vanidad en particular. Un modo de amarse a sí mismo es el que hemos descrito: quien acoge a los otros y es acogido por ellos, y escucha tanto sus alabanzas como sus reproches, en realidad está consiguiendo tener un conocimiento ajustado de sí mismo y de sus posibilidades, además de dar y recibir en el trato con los demás: tiene amigos. Y eso es bueno, aunque no siempre sea agradable (no lo es que te digan que haces algo mal o que tal proyecto tuyo es una tontería).

Otro modo de amor a sí se corresponde, en sentido amplio, con lo que llamamos egoísmo. El egoísta pretende conseguir lo mejor para él. Pero no es

capaz de superar la barrera de lo agradable: sólo escucha lo que le agrada: las alabanzas. Pierde, por tanto, la posibilidad de madurar a través del reconocimiento del error. Pierde, y esto es más importante, la conexión real con los otros: si los demás sólo pueden emitir determinado tipo de juicios (laudatorios), entonces quedan reducidos a la

categoría de público, de admiradores, sin contacto real con el único actor de la bufonada.

En definitiva, espero haber mostrado cómo el deseo de ser honrado, admirado, deriva del anhelo humano de plenitud, de felicidad. Lo que hay de positivo en el vanidoso es la busca del juicio de los otros, el intento de compartir sus ideas con los demás. Pero ocurre, como en la vanidad de las cosas, que tal búsqueda sólo es aparente, no es

«El egoísta pretende conseguir lo mejor para él. Pero no es capaz de superar la barrera de lo agradable: sólo escucha lo que le agrada: las alabanzas»

Lo esencial es invisible a los ojos

real. El vanidoso es falso. Pero no es malo. Es alguien que no es capaz de orientar bien su vida. Aristóteles sostiene que el vanidoso no es malo, sino que está equivocado: «los vanidosos, dice, son necios y no se conocen a sí mismos». En esto coincide con Saint-Exupéry que considera que la vanidad no es un vicio, sino una enfermedad. En el capítulo 3 hicimos referencia a la idea bergsoniana según la cual «el defecto esencialmente risible es la vanidad». En definitiva, tenemos que Aristóteles considera que la vanidad es un error, Saint-Exupéry una enfermedad y Bergson un defecto. Pero se trata de un error que, por afectar a algo

tan profundo, tiene consecuencias funestas: impide la relación real con los demás, el auténtico conocimiento propio (y, por tanto, hace que no aprovechemos las posibilidades reales que todos tenemos). Es un defecto muy grave.

Que la tendencia a abrirse a los demás para ayudarles y ayudarse a sí mismo en el camino de todos hacia la propia madurez acabe encerrando al hombre en su soledad, impidiéndole madurar y privando a los demás de la ayuda que podríamos proporcionarles, es triste. Por eso, el Principito se aleja también del vanidoso con la idea de que las personas mayores son muy extrañas: consiguen lo contra-

«El vanidoso es falso. Pero no es malo. Es alguien que no es capaz de orientar bien su vida»

XII. El bebedor

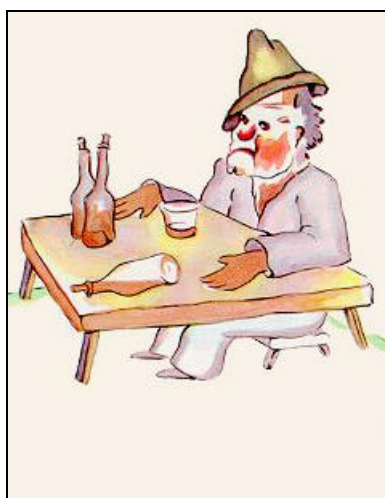
Resumen. El siguiente planeta era el de un bebedor. La visita fue muy breve, pero sumió al Principito en una gran melancolía. El bebedor estaba instalado en silencio ante una colección de botellas vacías y otra de botellas llenas.

Dice al Principito que bebe para olvidar que se avergüenza de beber. Tras llegar a esta confesión, el bebedor se encerró definitivamente en su mutismo.

El Principito, perplejo, se fue pensando que las personas mayores eran, definitivamente, muy extrañas.

Comentario. El bebedor representa un tipo de persona que constituye la radicalización lógica de los dos anteriores. El rey, al establecer una relación basada en el dominio, se queda corto; no es capaz de superar esa fase de confrontación y conseguir ser realmente grande porque no llega a descubrir que quien es grande sirve y quien es débil no tiene otra opción que ser servido: «Te pido vivir no de lo que recibes, sino de lo que das, porque sólo eso aumenta». El rey se ama a sí mismo y establece una relación con los demás para satisfacer ese amor. La relación le abre a los demás, pero de un modo inadecuado.

El vanidoso también se ama a sí mismo. También busca a los demás o, más exactamente, su aplau-



so. Pierde la posibilidad de madurar, de crecer. Se cree ya grande, por eso «no crecerá más, desmirriado por la eternidad». El vanidoso se ama a sí mismo e intenta captar algo de los demás. Ya la relación es más débil que en el rey. El vanidoso es divertido al principio, pero pronto cansa. Es como una representación teatral: para vivir necesita

tener siempre nuevos espectadores.

Finalmente, el bebedor es símbolo de hombre vertido totalmente al placer (en este caso el alcohol). Aquí, como hemos hecho en capítulos anteriores, conviene dar una explicación del dinamismo que ha llevado a una persona a convertirse en borracho, encerrado en un vicio que le avergüenza.

Ya Apuleyo apunta que «la primera copa es para apurar la sed, la segunda para la alegría, la tercera para el placer, la cuarta para la locura» y Ovidio indica que con el vino «vienen las risas, y el apocado cobra atrevimiento; la pena, preocupaciones y arrugas de la frente desaparecen». No puede negarse que las propiedades que aquí se refieren al vino (apagar la sed, alegrarse, obtener placer, eliminar preocupaciones, etc.) son buenas. Tampoco puede negarse que el borracho es alguien triste.

Volvemos a encontrarnos con esa dualidad constitutiva de lo que tiene que ver con el hombre: lo mismo que ayuda, si se usa mal puede destruir. El mismo Ovidio, tras cantar las excelencias del vino,

avisa de alguno de sus riesgos: «el vino es un estorbo para valorar la belleza» porque tomado en exceso, ciega.

De modo que el vino, tomado con medida, es bueno: alegra el alma y el cuerpo, según el antiguo adagio. Pero ocurre algo en un momento que lo convierte en malo. Esto no ocurre sólo con el alcohol. Se trata de algo común a todo tipo actividades o cosas que generan placer. Por eso nos referiremos al placer en general y no sólo al étlico.

Pienso que podemos considerar el placer como un indicador de que las cosas van bien para nosotros. El placer que obtenemos en la comida, o en el vino, indican que esos alimentos son adecuados para nosotros, que nuestro cuerpo está bien, digerimos correctamente. El placer que obtiene el entendido en música al escuchar una determinada melodía, indica que esos sonidos están bien trabados y que él ha captado la armonía. Los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente.

El placer, como es fácil de ver, se da junto a una actividad (comer, captar la armonía musical, en los ejemplos). Por eso se ha llegado a identificar el placer con la actividad: el placer sería, sin más, la actividad natural no obstaculizada. El dolor se concibe entonces como producido por un obstáculo: la digestión pesada por defecto del organismo o de los alimentos, por ejemplo.

No obstante, el placer no es lo mismo que la actividad, sino consecuencia de ésta, o lo que es lo mismo, el placer se da en la actividad que reúne todos los requisitos de una buena actividad. De modo que el placer en sí mismo no puede darse solo. El placer sólo se da en el plexo placer-actividad. Por eso, del mismo modo que hay actividades buenas y malas, habrá placeres buenos y placeres que deben ser evitados y habrá que huir de ciertos placeres como se rehuyen ciertas actividades.

Profundicemos en esta idea.

El hombre sano obtiene placer comiendo alimentos sanos. El hombre enfermo, no. Al enfermo no

le apetece comer, pasear, estar con la gente, etc., su naturaleza no es capaz de gozar con ello. Y no es capaz de obtener placer porque tales actividades no son adecuadas para un enfermo. Habida cuenta de que está claro que se pretende evitar la enfermedad, no se hace lo que resulta placentero para el enfermo. Se hace lo que destruye la enfermedad. Por eso tendrá que comer sin placer. Comer sin placer, es decir, realizar una actividad que violenta su naturaleza actual: al violentar la naturaleza, la cambia y llegará a ser otro: un hombre sano, que disfrutará con las actividades adecuadas a él. Sería insensatez tomar como guía de la acción lo que le apetece al enfermo: eso haría que estuviese cada vez más enfermo.

«El placer aparece siempre en las acciones acordes con la naturaleza. No es lo bueno el placer. Tampoco es malo»

El placer o falta de él es indicativo de que las acciones (placenteras o no) son adecuadas al ser que las realiza. El sabio Heráclito lo expresó mediante la célebre sentencia «los asnos prefieren la paja al oro», los asnos encuentran placer

en la paja. Encuentran placer en la paja porque son asnos. Del mismo modo, el sádico encuentra placer en el dolor ajeno, el alcohólico en el vino, el vanidoso en el aplauso, y la madre en la contemplación de su hijo. Cada uno se goza con lo que le es propio.

El placer aparece siempre en las acciones acordes con la naturaleza. No es lo bueno el placer. Tampoco es malo. Lo bueno o lo malo son las acciones que engendran hábitos que nos hacen ser de un modo u otro, buenas o malas personas: no es malo el placer del sádico, lo malo es ese modo de ser.

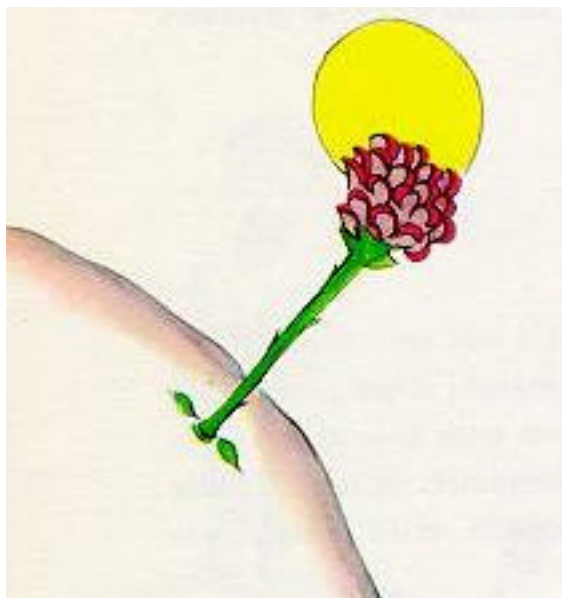
Pero el placer ayuda cuando viene el cansancio, por eso hemos de aprender a gozar y a entristecernos adecuadamente, para que placer y dolor sirvan de apoyo. A quien le duele la injusticia, la mentira, etc., tiene dentro de sí un impedimento para ser injusto. Quien ha aprendido a alegrarse por las buenas acciones, encuentra en ese gozo un estímulo más para ser mejor. Y la inversa también es cierta.

Lo esencial es invisible a los ojos

Y esta es la función del placer.

Pero es posible buscar no la actividad buena que me hará ser buena persona. Es posible que el hombre oriente su acción directamente a la consecución del placer, desentendiéndose de todo lo demás. Quien plantea así su vida invierte el orden natural de las cosas, va en busca de lo que debiera venir solo y descuida lo esencial. Entra así en un círculo vicioso en el que el deseo de placer crece hasta hacerse irresistible, hasta esclavizar al hombre; pero la capacidad de gozar disminuye. Cuando un hombre llega a esta situación puede que en un momento de lucidez sea consciente de ella. Pero verá que ha sido él el único responsable, no puede echarle la culpa a nadie, de ahí el mutismo y la vergüenza del bebedor de este capítulo. Al decir de Séneca, se trata de una "voluntaria insania".

Muy bien refleja Saint-Exupéry esta vivencia



cuando dice: «Comparable, pues, a ese loco que va de noche cavando la aridez, no encontré en la voluptuosidad nada que no fuese placer avaro y prodigiosamente inútil. No encontré más que a mí mismo. Nada tengo que hacer conmigo, Señor, y el eco de mi propio placer me fatiga»: quien ha buscado exclusiva o fundamentalmente el placer, en definitiva se ha buscado a sí mismo y ha dejado de lado a los demás. Está solo. Ese amor a sí mismo hasta el desprecio de todo lo demás y de todos los demás del que hablamos en el capítulo anterior, ha llegado aquí a su punto extremo.

Una persona así ha perdido la esperanza de escapar de ese círculo vicioso, ha perdido la relación con las personas que podrían ayudarlo: no confía en sí ni en los demás. Causa pena: el Principito se sumió en una gran melancolía.